
EL DR. JUAN DE DIOS CARRASQUILLA L.

Por el doctor Edmundo Rico.

(Extracto de "Lecturas Dominicales")

Apenas si van transcurridos diez y seis años desde que Colombia sufriera, con la muerte del doctor Juan de Dios Carrasquilla acaso la más irreparable de sus pérdidas científicas, cuando ya nuestra indiferencia, ese estado fisiopatológico de alma que tan disculpablemente nos caracteriza, empieza a dilatarse en torno del nombre y de los merecimientos de aquel sabio.

En este país las relaciones con la ciencia todavía guardan cierta rigidez no exenta de hostilidad, pudiendo casi garantizarse que todo el culto y que toda la admiración nuestros, han vivido de hinojos y por mucho tiempo vivirán así ante quienes precisamente no cuentan entre las credenciales de sus prestigios fabulosos, la más leve luminaria nacida del intelecto.

En la historia nuestra —como en ninguna otra— la condición indispensable, la vacuna decisiva para inmortalizarse, ha de partir de una acción estupenda de sacrificio y de heroísmo o de un episodio en que la materialidad del valor se extienda hasta más allá de las fronteras de lo humano. Para que un compatriota se quede de modo estable en nuestra memoria, debe impresionar antes con su propia sangre algunas de las localizaciones motoras y sensitivas de nuestros hemisferios cerebrales. Nos fascinan, nos atraen cual si tuvieran hechizo de mujer los efectos; nos dejan insensibles, nos importan poquisimo, casi nada las causas. Y cabe preguntar ahora: si el soplo vital de Francisco José de Caldas, por ejemplo, en vez de cortarse bruscamente ante la tragedia de un cadalso, se hubiese extinguido en la soledad del gabinete de estudio, si se hubiera apagado sin sangre, ¿recordaríamos, rendiríamos hoy el mismo grado de admiración al hombre de ciencia, al sabio que se albergó en este prócer...? Por eso, si la muerte, en vez de herir al doctor Juan de Dios Carrasquilla, cuando vertía del inglés al español los escritos en que unos cuantos investigadores extranjeros se ocupaban acerca de sus trabajos sobre leprología, le hubiese sorprendido en medio del campo de batalla, bajo la poderosísima fascinación de una hazaña espartana, es muy seguro que ahora nuestro orgullo tendría siquiera perpetuado en el bronce a quien supo darnos

personalidad científica no sólo en las repúblicas latino-americanas sino también en el continente europeo.

Primeros estudios.—En la antigua Calle de Florián, y en la casa señalada con el número 210 (hoy propiedad de la sucesión de don Ricardo Echeverri), nació el primero de marzo de 1833 el doctor Juan de Dios Carrasquilla Lema.

Aun cuando sus padres eran ambos oriundos de Medellín, por las venas del doctor Carrasquilla, corría buena parte de pura sangre ibérica, ya que su abuelo —como veremos luégo— fue un gentil-hombre español, natural de San Lúcar de Barrameda.

Coronados sus exámenes de literatura y filosofía cuando apenas contaba diez y siete años, el doctor Carrasquilla Lema se dedicó por voluntad propia y con el entusiasmo de una vocación transmitida hereditariamente al estudio de la medicina.

Las aulas blasonadas del Colegio del Rosario, los claustros de San Bartolomé y el añejo hospital de San Juan de Dios, tres lugares en donde se cursaban por entonces las enseñanzas médicas, fueron testigos, primero de la pubertad y luégo de la madurez científica del doctor Carrasquilla.

Bajo la segura guía de Francisco Bayón, de Maldonado, de Vargas Reyes, de Alvarez, de Andrés María Pardo, de Jorge Vargas y de José Félix de Merizalde, su inteligencia despejadísima se fue nutriendo con una erudición incomparable, erudición que desde entonces se polarizó con marcadas tendencias hacia el estudio de las Ciencias Naturales.

Doctorado a fines del año de 1852 en el Colegio Nacional de Bogotá con el título de Médico y Cirujano, Carrasquilla se trasladó hasta Antioquia en ejercicio de su profesión. El éxito acudía presuroso, viéndose obligado el médico a prestar sus servicios no sólo en Medellín, sino también a su clientela de Salamina y de Remedios.

Por aquella época fundaba y dirigía personalmente, con esa actividad que nunca le abandonó, una plantación de tabaco en los terrenos quemantes pero agradecidos por donde se desliza el río Cauca.

Sus amplios conocimientos en ciencias naturales, unidos al efecto que le ligaba con Antioquia, le impulsaron a emprender, en compañía y por iniciativa de su amigo y colega el doctor José Vicente Uribe, una audaz expedición por las selvas vírgenes de la Cordillera Occidental de Los Andes, en busca de las quinas y de una vía al Atrato que hiciera posible la explotación de las riquezas insospechadas que albergaba aquella parte ubérrima de nuestro territorio.

Acompañados por exigua caravana, cruzaron el río Cauca y orientándose luégo hacia el poniente, ascendieron por la penosa cuesta oriental hasta coronar, después de tremendas fatigas, el vértice andino en

donde el Cauca suministra un ramal poderoso de sus aguas para reforzar las del Atrato.

La excursión inició en seguida el descenso por la vertiente oriental de la Cordillera, por allí donde jamás se habían posado las plantas de hombre alguno. La virginidad de aquella naturaleza, en vez de deprimir, notificaba los bríos de quienes tan bravamente así la conquistaban. Con la brújula en una mano y el hacha en la otra, los doctores Carrasquilla y Uribe se abrían paso por entre la maraña de la selva, y burlándose de las inclemencias del tiempo o de los miasmas mortíferos de la región, examinaban y clasificaban con todo esmero las cortezas de los árboles de quina en espera de deducir más tarde la cantidad y la calidad de sus alcaloides.

El último guía que los acompañaba, huyó furtivamente una noche llevándose consigo los restos de las provisiones alimenticias. Y entonces, sin el menor auxilio, en pleno corazón de la llanura salvaje que acababa de desflorar, quedaron solos los dos médicos! Sin embargo, continuaron avanzando, hasta que ya muy cerca del Atrato, exhaustos de fatiga y de inanición cayeron rendidos sobre las primeras ondulaciones del valle. Allí les encontró el resto de la comitiva, gracias al desmonte, a la trocha y a las huellas que, como otros tantos puntales de progreso, habían dejado tras sí los naturalistas.

El resultado de esta intrépida excursión fue inmenso para el país. Merced a los doctores Juan de Dios Carrasquilla y José Vicente Uribe, los colonos antioqueños no tardaron en extenderse hasta esas nuevas regiones que, por su configuración, su clima y sus recursos han venido a ser hoy algo así como la Tierra Prometida de inagotables riquezas. Y desde tan lejana época, quedó también establecida la posibilidad de crear una arteria para comerciar con el Chocó, arteria ampliada después mediante la apertura de un camino que con ligeras variaciones, se llevó a cabo sobre el molde primitivo que con sus propios brazos señalaron los doctores Carrasquilla y Uribe Restrepo.

Una ley física.—Pero no vaya a creerse que el doctor Carrasquilla era tan solo un geólogo. Nó. Como profundo poseedor de todas las ciencias naturales, fue también gran físico. Existía en la naturaleza un fenómeno comprobado, que preocupaba hondamente a Humboldt, pero cuya esencia ni él, ni Mutis, ni Caldas, ni ningún otro físico habían podido aclarar de modo satisfactorio hasta entonces. Cúpole al doctor Carrasquilla la gloria de descubrir aquella causa. Este fenómeno era el de las “mareas atmosféricas”, o sea el movimiento periódico y alternativo de ascenso y de descenso que durante dos veces en las veinticuatro horas del día, ofrece infaliblemente el barómetro. Pues bien: en 1888 el doctor Carrasquilla presentaba a la consideración de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales, un trabajo apellidado Me-

morias sobre las Mareas Atmosféricas o Fluctuaciones de la presión, y en el cual descifraba la incógnita tanto tiempo anhelada.

En el preámbulo adjunto a la memoria, se leían estas sencillas disquisiciones: “Creo por el estudio continuado durante muchos años del barómetro, que las oscilaciones de la presión dependen de la gravitación, lo mismo que las mareas oceánicas; pero como esta no es la doctrina aceptada por los físicos, deseo que se examinen mis argumentos, datos y conclusiones, para saber si tengo razón en la teoría que propongo o no: en el primer caso, para que se conozca, porque con ello daría un paso la investigación de uno de los fenómenos físicos de más importancia; en el segundo, me haría la Sociedad de Ciencias Naturales el servicio de sacarme de un error que hace mucho tiempo vengo acariciando como verdad”.

Y estaba en lo cierto, “tenía razón” en la teoría que con esa timidez peculiarísima de los sabios, propuso a la consideración de los naturalistas. La verdad, “acariciada desde mucho tiempo por el doctor Juan de Dios Carrasquilla”, es hoy un hecho universalmente aceptado por el mundo científico, hecho que vino a esclarecer uno de los fenómenos trascendentales de la Física.

Y qué tan interesante sería este trabajo cuando agotada con rapidez la primera edición hubo necesidad de hacer una segunda, comprimida en 176 páginas, porque las dificultades de la impresión, forzaron a omitir de ella el registro de las observaciones junto con el de los esquemas, el de las posiciones de los astros y el de las fórmulas generales.

Otro notorio acopio salido del talento inagotablemente investigador e innovador del doctor Carrasquilla Lema, estriba en sus Datos para el Estudio de la Climatología en Colombia, trabajo que corre publicado en el número 121 de la *Revista Médica*, órgano de la Academia de Medicina, de la cual fue Presidente.

Analiza en el estudio citado, la presión atmosférica de Bogotá, presión que como en toda zona tórrida “oscila con mucha regularidad y entre límites excesivamente reducidos”, siendo su elevación máxima de 0.563 milímetros de mercurio, y su extremo mínimo de 0,557 milímetros. Determina luego, las variaciones, tanto en la mañana como en la tarde, de la temperatura capitalina, fijando la media en 14½ grados del termómetro. Trata detalladamente de nuestros meteoros acuosos, de la cantidad de las aguas de lluvia y de su distribución, de las nieblas, del rocío, de la humedad, y remata la obra con el estudio de los vientos para probar que no son ellos, como suele decirse, “los tiranos de la atmósfera, sino el sol que con su poderosa atracción, su calor y su luz, ejerce un dominio absoluto sobre todos los demás meteoros”.

En la gestación de todos estos Datos para el Estudio de la Clima-

tología en Colombia, así como en la gráfica de ordenadas y abscisas con que al final de cada capítulo resume sus observaciones, empleó algo más de veinte años y llegó a conclusiones de suma, de infinita importancia para los problemas relacionados con la agricultura, con la higiene y con la patología nacionales.

El paludismo y Bogotá.—Hasta ahora, y de manera intencionada, no habíamos aludido acerca de los trabajos médicos del doctor Juan de Dios Carrasquilla, por parecernos más lógico, no mezclarlos con los de Ciencias Naturales, aun cuando unos y otros fueron escritos indistintamente ya que la prodigiosa celebración del sabio colombiano, jamás abandonó el cultivo y el ejercicio de la medicina.

Como Presidente del Comité de Organización y como miembro del primer Congreso Médico de Colombia que en 1893 se reunía en Bogotá, el doctor Carrasquilla Lema presentó tres notables memorias intituladas Consideraciones acerca de la Etiología y Profilaxis del Paludismo. Heredad Patológica y Nuevos Datos para el Estudio de nuestra climatología. Los dos últimos trabajos aún permanecen inéditos; no así el primero que fue publicado en un folleto y que existe también en los números 273, 274 y 275 de la *Revista Médica*.

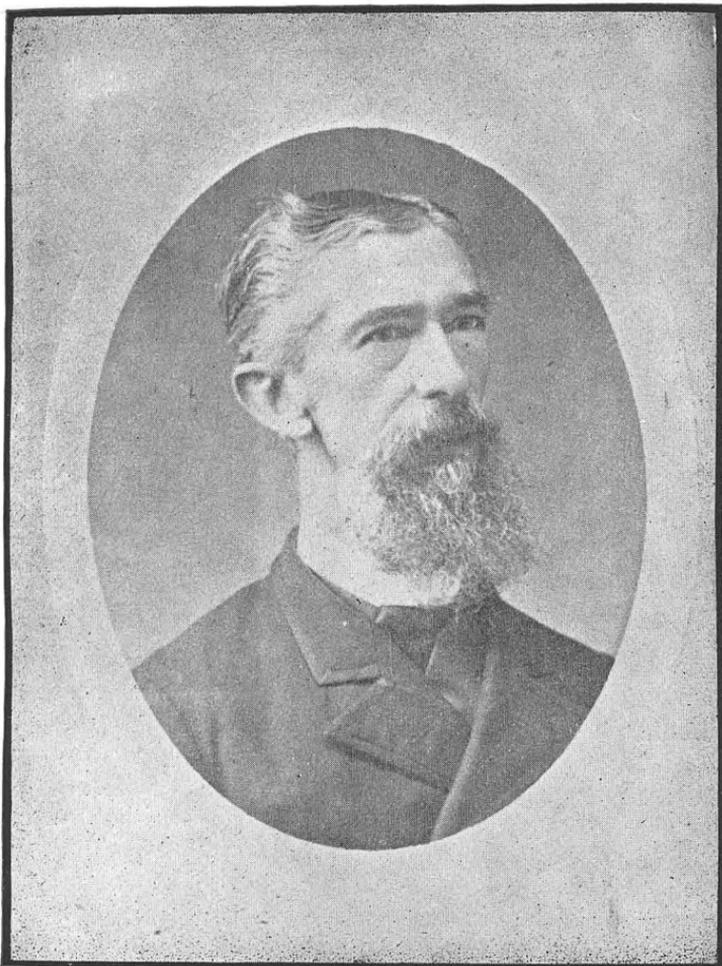
Las Consideraciones acerca de la Etiología y Profilaxis del Paludismo, asombran por la fortaleza de los cimientos en que reposan. Admitida, desde luego, por el doctor Carrasquilla, la causa infectante por el hematozoario de Laverán, sostiene asimismo, que otro de los peligros de adquirir la enfermedad reside en la ingestión de aquellas aguas impuras que contienen formas de resistencia del hematozoario, o bien larvas de sus huéspedes intermediarios, de los anofeles.

Este contagio hídrico de la malaria no lo niegan rotundamente, sino más bien parece que aun se inclinan a considerarlo como probable, algunos connotados especialistas en Patología Exótica, entre quienes se cuentan hombres de la talla de Félix Le Dantec.

Por lo demás, el doctor Carrasquilla concluye que “en Colombia no existe el paludismo en las grandes alturas que pasen de 2.600 metros sobre el nivel del mar, o en otros términos, en donde la temperatura media no llegue a 15½ grados próximamente; por el contrario, en todo lugar en que la altura sea menor de 2.600 metros, y en donde la temperatura pase de 15½ grados, existe, y puede existir la malaria en una u otra de sus múltiples formas”.

Y esta proposición la sentaba entre otras cosas, para ilustrar la inocencia de muchos médicos que en esa época sostenían que en Bogotá existía la infección palúdica!

Historia de la lepra.—Una enfermedad histórica tan antigua como el Levítico de Moisés pero tan fúnebre como la cabalgata del Apocalipsis, preocupó siempre y tenazmente el corazón magnánimo y el criterio científico del sabio colombiano. Esta enfermedad que lo mismo



EL DR. JUAN DE DIOS CARRASQUILLA L.

EN EL AÑO DE 1882

destrozó a los fenicios que a los israelitas, a los griegos que a los romanos, que fue como la rúbrica trágica de la Edad Media y que ha sido —y quizá se há por mucho tiempo— el espanto de tierras tropicales y de climas hiperbóreos, es la *lepra!*

En destruir, en descifrar esa X rebelde del tratamiento antihanseniano, el doctor Carrasquilla Lema concentró toda su sagacidad clínica, todas sus más bellas dotes de investigador.

Cuando en 1889, presentaba a la sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá su primer trabajo sobre La Etiología y el Contagio de la Lepra, era entonces dogma considerar en el mundo científico, que la elefancia se transmitía, matemáticamente, seguramente, no por la infección sino por *herencia*.

La élite de la leprología, con Danielsen, Boeck y el turco Zambaco Pachá a la cabeza, anticontagionistas acérrimos, lograron rendir, con exceso de argumentos a toda una armada de médicos y de científicos, armada que desde entonces hizo profesión de fe ante los altares de la herencia.

El doctor Carrasquilla fue de los poquísimos que no cayeron de hinojos frente a esta universal manera de opinar. Su temple de experimentador y de innovador, sustentado por su inteligencia erudita, le impedían reconocer como verídicos, postulados que ni armonizaban ni concordaban con la biología de los microorganismos patógenos. ¿Cómo aceptar exclusivamente la transmisión hereditaria de la lepra, y por qué no el contagio, cuando ya su agente productor, cuando ya su microbio estaba descubierto desde casi veinte años atrás?

Fue en Bergen, ciudad de Noruega, y puerto de mar en cuyas calles, avenidas y templos suelen transitar y mezclarse todavía con los sanos no pocos lazarinos, en donde, en 1871, Armauer Hansen descubría en los tejidos leprosos un bacilo que poco después Alberto Neisser lograba, merced al artificio de los colorantes, divisarlo en la platina del microscopio, bajo la forma de apretados e innúmeros de hacecillos escarlatas esparcidos sobre el tinte uniforme y puro de un fondo azul.

El Instituto Carrasquilla.—Bajo la presión pública, el gobierno del señor Caro, prestó, al fin, franco y decidido apoyo tendiente a facilitar todavía más las investigaciones leprosas, fundando el Instituto Carrasquilla, aperado con laboratorios para elaborar el suero, con establos para los animales de experimentación y con salas en donde hospedar, observar e inyectar a los pacientes.

En el Instituto pudo prepararse el suero no solamente en dosis altas sino también con mayores cuidados de asepsia y pureza; enviáronse remesas a los tres lazaretos de Agua de Dios, Contratación y Caño de Loro, así como muestras para Francia, Alemania, Estados Unidos, Japón, Turquía y algunas otras comarcas extranjeras,

Hacia mediados del 97, el doctor Carrasquilla Lema fue nombrado representante del gobierno de Colombia, a la Conferencia de la Lepra reunida en Berlín. Allí presentó una documentada Memoria sobre la lepra griega en Colombia, en la cual resumía todas sus conclusiones y apreciaciones referentes al tratamiento seroterápico. Además, dio a conocer, en sesudo parangón, sus concepciones de analogía clínica habidas entre la lepra y la sífilis. Fue él quien habló por primera vez de *el chancro leproso*, primer síntoma de la infección hanseiana; y resultaron tan invulnerables los argumentos aducidos, que hoy día no existen libros de leprología sin que en ellos el chancro leproso deje de nombrarse.

“El chancro infectante —escribía Carrasquilla— con su pléyade gangliolar, representa el primer período de la sífilis, y sucede al de la incubación, de la misma manera que las sífilides suceden, como manifestaciones del período secundario, al chancro, con un intervalo de tiempo variable. Asimismo, en la lepra hay, después del período de incubación, como sucede en toda infección, uno que revela la existencia de la enfermedad en su primer período, que corresponde al chancro infectante de la sífilis, y que llamaré chancro leproso. Consiste éste en una pústula análoga al chancro sífilítico y muy parecida a la que se desarrolla en la vacuna. Aparece de ordinario en las extremidades, principalmente en las piernas y en los antebrazos. Esta pústula o chancro leproso deja una cicatriz circular, hundida, de color moreno o rojizo obscuro, que más tarde se pone blanca, como la cicatriz que dejan las ulceraciones leprosas. Estos “granos”, como los llaman los enfermos, causan dolor y prurito al principio, y luego son indolentes.

Este chancro leproso se puede hallar en casi todos los enfermos, con muy cuidadosa investigación, y constituye la primera manifestación de la enfermedad, el primer período de la lepra, así como el chancro infectante constituye el primer período de la sífilis. Ni los médicos —ninguno lo menciona como tal— ni los enfermos, que no recuerdan sino imperfectamente haber tenido granos, creen que este sea el primer signo que revela la existencia de la lepra. El enfermo no se presenta a la consulta del médico sino cuando ya han aparecido las manifestaciones secundarias de la enfermedad, las manchas, las placas anestésicas, los nódulos, etc.; el médico, al examinar al enfermo, encuentra y anota estas lesiones y con ellas forma la descripción del primer período de la enfermedad, sin tener en cuenta, porque el enfermo les presta muy poca atención u olvida, los primeros síntomas del primer período de la infección.

Pasado algún tiempo, aparecen los accidentes secundarios de la infección como eritemas diversos —que los enfermos llaman *espasmos*, —los cuales aparecen y desaparecen varias veces, manchas fugaces, que luego se hacen permanentes, hiperestésicas, infiltraciones cutáneas, ve-

sículas penfigoides, ródulos aislados o confluentes, en una palabra, las diversas manifestaciones de la lepra, cuya descripción se halla en todos los tratados de esta enfermedad como pertenecientes al principio o primer período y que en realidad son accidentes secundarios, lépidos, que corresponden a la roseola, placas mucosas y pápulas, o sea a las sifilides.

La duración de este período es de ordinario muy larga y ofrece todas las manifestaciones de la llamada lepra confirmada, hasta que, con el transcurso del tiempo, se presentan, aún después de largos períodos de remisión, los accidentes terciarios, análogos a los del período terciario de la sífilis. Hay en este último período ulceraciones, gran desarrollo de masas lepromatosas, afecciones profundas, anestias muy extensas, las mucosas y algunos de los órganos internos gravemente atacados, atrofiar musculares, retracciones, mutilaciones, etc.

Como sucede en la sífilis, en la lepra no siempre se marca el tránsito del segundo al tercer período por caracteres bien definidos, y como, por otra parte, la duración del segundo período es muy variable, no puede con precisión señalarse el momento en que termina el uno y principia el otro: sólo puede presumirse por la duración de la enfermedad y la mayor gravedad de las lesiones, las cuales tienen el carácter de profundidad, como sucede con las gomas sifilíticas”.

